

Wilfrido H. Corral: *Bolaño traducido: nueva literatura mundial*. Madrid, Ediciones Escalera, 2011, 328 pp.

Más allá de la relación de un epígrafe al texto que precede, no es casual que la totalidad de *Bolaño traducido*... confirme con creces que Corral se refiere a su relación con la obra de Bolaño al citar a Virgilio: "En la penumbra / avanzamos; y yo, que antes retaba / los tiros todos y apretadas filas / del enemigo, titubeo ahora / al menor soplo, al ruido más ligero, / pues con igual angustia me oprimían / mi acompañante y mi querida carga".

Corral se ocupa extensamente de la complejidad de los vectores, asimétricos, contradictorios, que llevan a Bolaño a ocupar un lugar prominente entre los escritores y obras que erigen la "nueva literatura mundial" de Occidente, no sin revisar el periplo que hasta allí lo conduce: el asombro ante la extensión brutal de dos de sus novelas, la fascinación *kitsch* ante la artesanía tercermundista, las trampas de los encierros teóricos, la embriaguez de editores por colocar los descartes del chileno en los listados de los libros más vendidos, el problema de la condición "sudaca" de Bolaño en el país donde se publican sus libros, y de "subalterno" en los territorios donde estos se traducen y son comida fresca para la academia y sus excesivos soliloquios.

Si la memoria es una economía del olvido, como observan algunos críticos, el canon es entonces una economía política de aquella amnesia. Corral no pasa esto por alto, y con un archivo gigantesco y armónicamente ordenado de reseñas, ensayos, tesis doctorales y documentos audiovisuales, va relatando cómo crece el aprecio (y el precio de mercado, valga decir) por la obra del chileno errante en esas geografías política y económicamente sustantivas, o sea en el germen y la raíz de la literatura mundial: el mercado anglosajón del libro y la traducción. Tampoco deja pasar los coletazos que ese mercado brinda sobre otros territorios de transa de influencias y de contratos de publicación o traducción, incluyendo América Latina o los departamentos donde se estudia literatura procedente de esta latitud.

Todo este seguimiento exhaustivo parece servir de pretexto, por un lado, para indagar las arbitrariedades e imposiciones con las que se erige la nueva literatura mundial. Así, Corral señala, por ejemplo:

Téngase en mente que este tipo de recepción (la latinoamericana respecto a los textos de Bolaño) no funciona igualmente para los pares anglosajones de Bolaño, o es una exigencia después del fallecimiento de ellos [...]. Nunca se

anuncia en los libros de ellos que son un "éxito" en Europa o América Latina, porque cierta autosuficiencia y soberbia cultural convierte su resonancia fuera del ámbito anglosajón superflua para un autor "nativo" y apóstata. (22)

Por supuesto, el trasiego que implica leer a autores inicialmente periféricos desde los códigos de la crítica y la academia dominante –hegemónica, casi–no genera las mismas señales que cuando se procura leerlos desde su "lugar de origen", aunque en este caso, en toda la literatura de Bolaño, la matriz de inicio no exista o sea vaga. Corral toma cuenta de esto, destruye el razonamiento maniqueo y facilón de emparentar una obra con un imaginario nacional o regional, y no deja de tensar la cuerda en la apuesta por una literatura que se emancipe de su condición "nativa" sin insertarse en la trampa de la pasteurización de los productos masivos o del folclor de lo exótico. De estas ideas provendría, sigue Corral, la pregunta sobre la validez o suficiencia de la periferia para expresar lo universal. Y la capacidad que ha tenido, por su parte, la cultura *mainstream* de lidiar con lo insular o periférico como posibilidad de universalizar, que sería también una posibilidad de emanciparse.

Por otra parte, y más importante todavía, el crítico ecuatoriano dibuja un sistema de coordenadas del deber ser de una nueva crítica literaria, alerta ante las servidumbres de las modas y los parentescos demasiado estrechos entre literatura y el gráfico de oferta-demanda, pero a la vez obligadamente interdisciplinaria, erudita, comparatista y suspicaz con las teorías totalitarias. La mediación entre el texto y el lector, y en esto Corral quiere asemejarse a Cyril Connolly o Borges, debe estar en la crítica directa, en su retorno al ingenio y la creatividad, y no en el lenguaje cifrado del enclaustramiento academicista, que recientemente muestra "cómo la crítica traduce o proyecta sus intereses teóricos más que explicar la obra de un autor que aparentemente (re)conoce" (18).

Vale detenerse, por ejemplo, en la pormenorizada escala que el crítico interpone cuando observa las reacciones, como efectos dominó, ante la publicación de la traducción de *La literatura Nazi en América* (249-260). Un fenómeno que se repite, aunque de forma hipertrófica, cuando llega la versión en inglés de 2666 a Inglaterra y, principalmente, Estados Unidos (261-288). En estas dos instancias, aunque también cuando Corral rastrea la recepción de, o el devenir de sus cuentos en un mercado (117-143) reticente con lo foráneo, cabe advertir lo que él mismo señala:

Cuando aparece la reseña de *Nazi literature in the Americas* (...) en el suplemento literario de *The New York Times*, con el ingenioso título de "The Sound and the Führer", aludiendo a la vez a Faulkner, Shakespeare y Hitler, no había duda de que Bolaño ya era el portavoz de un canon muy suyo que no surge del "primer mundo", aunque se basa en él.

Si es así, la obra del chileno, que va por delante de la crítica y de su biografía accidental y singular, no habría tambaleado ante la opción de crear un "canon dialogante" en medio de un sistema de transacciones culturales en el que lo importado desde el margen es residual y anecdótico o, lo mismo, papel para

claustros académicos o guillotinas editoriales. Bolaño, como creador y contenido de ese canon, fabula un espacio posnacional, a la vez renuente ante el furor de la novedad o del cliché artesanal. Transatlántico, multivectorial y rizomático, dialoga con tradiciones distantes y mudas entre ellas. Lo mismo Pascal y Grecq como López Velarde, Arlt o Parra. Lo mismo Lemebel como Hamsun, Alan Pauls o Raymond Chandler.

El interés se recogería, pues, en refundar narrativa y críticamente lo que Pascale Casanova, a quien Corral cita, llamó la "República mundial de las letras". Sobrecoge, y esto lo nota el crítico ecuatoriano, observar la fluidez con la que Bolaño edifica su andamiaje de referencias sin sobresaltos, transitando amigablemente desde el mundo pop hasta el existencialismo, o desde la vanguardia hasta el conservadurismo católico. Toda esta sinergia se amañaría, pues, para dar con sus huesos una literatura explosiva y locativamente universal, que no olvida lo político –como algunos críticos quisieron hacer ver– sino que lo repiensa desde la aridez del extrarradio del destierro. Así, *Bolaño traducido* asiste, en las obras, a la observación de cómo se gestan un cosmopolitismo sin manierismos ni alaridos. Un cosmopolitismo de travesía, si se quiere, sobre el que se asientan sus novelas, relatos y no ficción, y sobre el que hace cuajar sus dominios afectivos, sus rechazos –brutales, muchas veces injustificados o esquizoides– y sus loas.

Ya al otro lado, en el de la crítica no académica, es Susan Sontag, advierte Corral, quien parece haber sido la primera en advertir el poder de la literatura de Bolaño o de su aritmética, en la que se suman referencias pero se multiplican posibilidades de lectura. Desde este punto es, quizá, ya visible la entrada de tres magnitudes que se posan sobre la obra del escritor, e intentan venderlo, reescribirlo o simplificarlo. En primera instancia, la de una industria editorial desesperada por encontrar el equivalente a Harry Potter para los públicos cultivados. Luego, la de una crítica que se ve absorbida por un entusiasmo a la vez académico o comercial, pero que no logra situar a Bolaño en el lugar complejo de lo universal, ni siquiera de lo nacional. Finalmente, la crítica de un apego siniestro y torpe por imponer una lectura unívoca de la obra de Bolaño mirando de cerca su biografía, desde antes ya edulcorada y presa de la demagogia del primer mundo para con el tercero. En estas tres dimensiones, y sobre todo en la última, Corral teje un sinnúmero de referencias actualizadas, superando clichés críticos.

Es entre esos ramalazos de ingenuidad que *Bolaño traducido* se abre camino, no solamente como el mejor texto, a la fecha, de Corral, sino, quizá, como el trabajo más serio y equilibrado sobre el fenómeno Bolaño en las esferas académicas, editoriales y culturales. Corral advierte persuasivamente qué es de esperarse de la crítica ante fenómenos como estos, que requieren descomprimir fronteras nacionales y muletilas teóricas, para que Bolaño y su obra caminen sin titubear aparejadas de sus dos queridas cargas, la biografía y la crítica. Como el mismo Bolaño señala en *Los detectives salvajes*:

Durante un tiempo la Crítica acompaña a la Obra, luego la Crítica se desvanece y son los Lectores quienes la acompañan. El viaje puede ser largo o corto. Luego los Lectores mueren uno por uno y la Obra sigue sola, aunque otra Crítica

y otros Lectores poco a poco vayan acompañándose a su singladura. Luego la Crítica muere otra vez y los Lectores mueren otra vez y sobre esa huella de huesos sigue la Obra su viaje a la soledad. Acercarse a ella, navegar a su estela es señal inequívoca de muerte segura, pero otra Crítica y otros Lectores se le acercan incansables e implacables y el tiempo y la velocidad los devoran. Finalmente, la Obra viaja irremediamente sola en la Inmensidad. Y un día la Obra muere.

El único candor de la obra de Corral parece haber sido no darse cuenta de que en *Bolaño traducido* escribía una crítica como lo hicieron ya T. S. Eliot, Borges o Connolly, a manera de palimpsesto sobre sí mismo y su autor. En este caso, sobre un querido pasaje del propio Bolaño, cuyo aparato crítico previo rebasa tan notablemente.

ANTONIO VILLARRUEL  
edsfan@yahoo.com  
Universidad Internacional SEK de Quito